

deber, y habría librado una nueva batalla por los fueros del arte y la educación del gusto público.

En otros países *el ambiente* hace al artista, *el medio* produce las obras de arte que reflejan y perpetúan el carácter del pueblo de que surgen. Aquí, a la inversa, el artista ha de formar el ambiente, las obras de arte han de crear el medio; y es necesario depurar y prestigiar el instrumento creador. El artista, entre nosotros; el hombre que piensa y crea, que sueña, que sufre, que se forma a sí mismo, es doblemente digno de admiración. Él cumple dos misiones: hace, a fuerza de dolor, su alma; y cuando ésta florece en belleza circundándose de gloria, hace surgir y palpar en derredor de sí el alma colectiva, y crea su conciencia.

Por tanto, los verdaderos educadores de Cuba son sus artistas; todos: los del color, los de la forma, los del pensamiento, los del ritmo; los que viven, en fin, para ella, y le transmiten su fisonomía y su alma. Alentémoslos con el premio de una palabra agradecida.

He querido en este rápido trabajo, primero de una serie de tres que bajo el título *Perspectivas del arte nacional* escribo para CUBA CONTEMPORÁNEA, atenta siempre a cuanto signifique provecho y honra para nuestro país, ocuparme únicamente de la importancia que tienen para nosotros las exposiciones anuales de la Asociación de Pintores y Escultores. En el número próximo de esta Revista dedicaré otras páginas a hacer un resumen, sincero y bien intencionado, ya que desprovisto de positivo valor crítico, de las obras que se exponen en este Salón; y en el último de estos artículos trataré de algo que mucho interesa—sí no es lo que más interesa—a los artistas, como es la abolición de los premios, la supresión de las medallas en estas bellas y fecundas justas que han venido a orear con un soplo ideal nuestro presente ensombrecido e incierto.

DULCE MARÍA BORRERO DE LUJÁN.

La Habana, abril 1919.